

## EXCURSION AL NEVADO DE TOLUCA (\*)

(CRÓNICA)

La deliciosa excursión al Nevado de Toluca, organizada por la SOCIEDAD GEOLÓGICA MEXICANA, efectuóse en los días 3, 4 y 5 de diciembre de 1909. Tomaron parte en ella los Sres. Paul Waitz y Franz Hiti, Viau y Beschmidt, Carlos Deuchler padre é hijo, L. Fourton y el autor de estas líneas. Por nacionalidades, quedamos divididos así los viajeros: dos austriacos, dos alemanes, dos suizos, un francés y un mexicano.

El viernes 3 de diciembre partimos á las 7h 15m de la mañana rumbo á Toluca; durante el trayecto, á más de las dulces impresiones de los encantadores paisajes que á cada paso presentábanse á nuestros ojos, tuvimos la satisfacción de recibir oportunas explicaciones del jefe de la excursión Sr. Waitz, de los fenómenos geológicos notados en la Sierra que trasponíamos para llegar al valle de Toluca.

En esta ciudad visitamos la gran cervecería de su nombre en la que fuimos galantemente agasajados por su Director Sr. D. Francisco Gottwald. Tras haber atravesado la capital del Estado de México, subimos al tren del ferrocarril que nos condujo á San Juan de las Huertas, población sita al pie de la Sierra del Nevado.

En San Juan comimos espléndidamente y luego nos apercebimos á la caminata por el monte. En unos minutos dejamos atrás el caserío y nos internamos en el bosque; poco á poco asciende el camino abierto entre cedrales y alisos, pinares y otras arboledas. *El aroma resinoso del ambiente era gratisimo á nuestros pulmones y la alegría de los viajeros se hermanaba hermosamente con los bellísimos lugares recorridos.*

La lectura previa del artículo del Sr. Waitz en que describe la geología del Nevado, habíanos enriquecido con datos que nos permitían gozar más de cuanto veíamos en aquella montaña. Cuando las sombras de la tarde caían más largas y la naturaleza parecía querer entregarse al sosiego, arribamos á una vaquería en la que fresca y riquísima leche de vaca confortó nuestros estómagos. Ya de allí, el panorama que divisase es grandioso y nos detuvimos á contemplarlo. Atardecía al punto que llegamos á las cuevas de Santa Teresa, á 3800 metros de altitud, en donde establecimos nuestro campamento. Se hallan en la base de una corriente de lava andesítica y dentro y al pie de gigantescas rocas que semejan ancha torre de imponente catedral. Junto á ellas se despeñan las frías, sabrosas y transparentes aguas de murmurador arroyuelo, que en las primeras horas de la mañana congélanse formando adornos de los más variados y hermosos á la pequeña cascada. Las cuevas son de lo más cómodo y abrigado para dormir en ellas, y de lo mejor fué el alojamiento que nos proporcionaron durante dos noches.

(\*) El señor Presidente de la SOCIEDAD GEOLÓGICA MEXICANA nos designó para escribir esta crónica. Nuestro hábito de deferir á los deseos de los que nos han enseñado (el Sr. ingeniero Villarejo fué nuestro profesor de Geología el año de 1891) moviéonos á complacerlo sin vacilación.

Desmontados de los pencos pusímonos todos á arreglar nuestros lechos, excepto el Sr. Waitz que se entregó á la tarea de preparar una cena riquísima. El frío aumentaba al entrar la noche, pero lo combatíamos con las fogatas que refocilábannos y animaban aquel rincón de la montaña y en torno de las cuales departíamos agradablemente.

Al amanecer del día 4 nos movimos para realizar el fin principal de nuestro viaje. Después de copioso desayuno la emprendimos por una cuesta abrupta y á continuación por senderos menos ásperos. La mañana era hermosísima, los murmurios de la selva arrobaban el espíritu, don Carlos Deuchler cantaba el "Yodel" de la Suiza alemana, cantar bello y hermoso parecido al "*ranz des vaches*" ó aire popular que los boyeros suizos tocan en la cornamusa para juntar sus ganados en las tardes en los potreros de los Alpes; la luz y la sombra, el viento suave, el azulado cielo, el aire resinoso, la alegría de nuestras almas, todo contribuía á un conjunto de inenarrables impresiones. Con ese bonísimo estado de ánimo llegamos á la parte montañosa en que toca á su fin la vegetación arborescente. Cuando comenzaron á quedarse en zaga los últimos ocotes, una luz abundantísima inundaba el terreno en que iban nuestros jacos: compuesto de pequeñas bombas volcánicas de piedra pómez, de arenas y cenizas. A los grandes árboles se suceden plantas de muy inferior organización, *ex abrupto*, ó sin la transición de los matorrales, distintamente de lo que en el Popocatépetl sucede, verbigracia. Ya sin los arrobadores susurros del viento en los pinares, sólo las pisadas de nuestras caballerías, las voces de nuestra charla y el grito de algunos pajarillos interrumpían el imponente silencio de aquellas soledades á 4000 metros de altitud. Unos cernícalos que de inaccesibles rocas se lanzaban al aire para volver á ellas á poco volar, fueron los últimos representantes que vimos del reino animal, antes de llegar al borde más bajo del cráter: *término del viaje á caballo*. Desde que salimos de la arboleda, el panorama del Nevado ostentó á nuestros ojos atónitos la totalidad de sus grandezas, y á cada paso apreciábamos mejor, ora unas, ora otras. Mas nos estaba reservada la máxima sensación de soberana belleza, para el momento de asomarnos al cráter. Los labios de éste, tan desiguales en altura y tan distintos en forma y en color, con los picos del Aguila y del Fraile, con las nieves aquí y allá irregular ó caprichosamente repartidas; y en el fondo las dos lagunas de transparentes linfas con coloraciones de azul y verde,—que me recordaron los más preciosos laguitos del Yellowstone,—parecen verdaderos "ojos de mar," y serían cual las encantadas aguas de la gruta azul en la isla de Capri, si bajo bóvedas se hallasen: *todo este conjunto conturba de indescriptible gozo el alma del que sabe sentir lo bello y lo grandioso de los espectáculos naturales.*

Luego de habernos recreado contemplando grandezas tan singulares y de haber recorrido un corto tramo á caballo, sin alejarnos de los labios del mismo cráter, llegamos á un puerto en el que abandonamos los equinos para confiarnos á nuestras propias fuerzas. *Despacho y con calma* fué la máxima que aplicamos desde los comienzos de la caminata á pie. El Sr. Beschmidt quedóse abajo para sacar fotografías diversas; el Sr. Viau nos acompañó sólo en una parte de la ascensión. Apenas habíamos dominado la primera eminencia frente á nosotros, cuando acertamos á columbrar entre

el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, erguidos majestuosamente, la parte de nieves perpetuas del Pico de Orizaba, que desde más arriba vimos mejor y en mayor extensión. Anduvimos sobre la nieve endurecida, en las arenas y cenizas y encima de las rocas desgajadas por la erosión. Bondadosa y espontáneamente ofrecióse á ser mi guía y poderoso auxiliar el Dr. Waitz; gracias á él y á la cuerda que uníanos, pude sentar mis plantas en el escarpado y dominador *Pico del Aguila*. Prestóme también su valioso concurso en algunos pasos difíciles el Ing. Franz Hiti, austriaco como el Sr. Waitz y tan aguerrido alpinista cual éste. En el Pico del Aguila todo nos fué placentero, el reposo en primer término, y aunado á él, el cuadro indescriptible del aludido cráter y el panorama sin rival que parte de la base de la montaña por todos los rumbos del horizonte. Tuvimos la satisfacción de ver allí las rocas en las que se ha producido el fenómeno de la fundición y solidificación vítrea por el rayo, notado por Humboldt. Recorrimos con la mirada el extenso y altísimo valle de Toluca, densamente poblado; las sierras del Ajusco y de las Cruces; las llanuras del Sur del Estado de Hidalgo y del Norte del de México; los picos más elevados de la Sierra de Pachuca; los mutuos confines de los Estados de Hidalgo y de Querétaro; el cerro de Jocotitlán; la parte Sur del Estado de México; la montañosa del de Michoacán; el Estado de Guerrero, hasta donde se pierden en el horizonte las elevaciones de la Sierra Madre del Sur; todo el Estado de Morelos, desde sus lindes con el Estado de México hasta colindar con el de Puebla, y finalmente, las enmaridadas montañas con sus nieves eternas y entre ellas, en glacial lejanía, la cumbre del Orizaba del remoto Estado de Veracruz. En particular hablaron á mi corazón, entre tantos picos conocidos y amigos: el cerro cónico de Huitziltepec, tras el cual y en cuya dirección se halla la para mí cara ciudad de Chilpancingo de los Bravos; los cerros de Cacahuamilpa, bajo los cuales he pasado días inolvidables de mi existencia; el peñón de Jantetelco, (\*) majestuoso é inexpugnable como el de Gibraltar: detrás de él se encuentra la barranca que divide á los Estados de Morelos y Puebla; y la sucesión de cadenas que en Guerrero y Michoacán avanzan más altas y como si quisiesen tocar el cielo, mientras más se alejan de la Mesa Central y más se acercan al Pacífico. Muy arrugado, ó lleno de quiebras y escabrosos cerros se ve el panorama, divisando al Sur del Estado de México; en un punto nótase un barranco profundo con coloraciones tan vivas, que á mi memoria trajeron las del incomparable *Gran Cañón* del río Colorado de los Estados Unidos. Hacia la misma región contemplamos tres cerros monolíticos muy hermosos, y en la parte de Michoacán creí ver las célebres *Torres de Cucha*, de que nos habla el Barón de Humboldt.

El descanso que nos dimos fué bastante á cobrar alientos para bajar al fondo del cráter. Descendimos rápida y un tanto fatigosamente por muy abruptas pendientes, ya entre arenales ó ya en medio de trechos pedregosos. Si la laguna mayor encantadora vese de lo alto, no desdice en seductores atractivos cuando la tiene uno á sus alcances. ¡Qué linfas tan claras y tan arrulladoras! Recostéme sobre un pedrón, sito á la orilla de las

(\*) Cerca de ese soberbio peñón nací, en Jonacatepec, Estado de Morelos.

aguas y bañado en parte por las suaves ondas, á dar descanso á mis músculos, y al oír el dulcísimo murmullo del rítmico oleaje, y contemplar todo el cráter imponente con sus nieves y sus astilladas rocas, sus cenizas y sus arenas, rodeado de un silencio solemne, bajo un cielo de italiano azul y con luz esplendorosa, comprendí, por el bienestar espiritual que yo sentía, toda la verdad de las sublimes pinturas de las montañas del excelso Ruskins

La laguna grande tiene una isleta y una península. No nos fué dado navegar en sus cautivadoras aguas, porque la canoa allí existente no permitíalo; pero sí gustamos de ellas durante la comida que efectuamos en la península. A poco de haber tomado alimento montamos á caballo y echamos á andar, caminamos á lo largo de las orillas de la laguna chica y subimos á la parte más baja del contorno del cráter para volver á las cuevas de Santa Teresa.

En la mañana, cuando descansábamos en el Pico del Aguila, pasaron á gran altura sobre nuestras cabezas dos cuervos que parecían regodearse con ser reyes de los aires y que graznaban suavemente; en la tarde, al ir por las márgenes de la lagunita, cerníase con majestad, rozando los cerros y dejándolos bajo sus alas alternativamente, un soberbio y blanco-gavilán. Al admirar los unos como el otro, pensamos en las labores de los sabios que han sorprendido ya los más leves movimientos de las aves en su vuelo, y que en virtud del conocimiento de esos fenómenos naturales, presagian el señorío del hombre en la atmósfera.

Al hallarnos en el punto desde el cual bajaríamos continuamente, nos despedimos del cráter y fijamos las miradas en los cerros que forman la Sierra Chica y en el paisaje que á nuestras plantas teníamos. Estuvimos en las cuevas á la hora del crepúsculo: cansados, pero muy satisfechos de la excursión y agradecidos al par, á la SOCIEDAD GEOLOGICA MEXICANA y á su digno representante el director de la excursión. Leche fresca y otros alimentos buenos que preparó el propio Sr. Waitz, nos sirvieron de reparadores de las energías gastadas. Junto á las fogatas conversamos sobre variados temas, que ya eran sencillos como el del alpinismo ó ya complicados cual el del socialismo. Desde nuestros cuarteles de invierno veíase iluminada la villa de Lerma.

El domingo 5 con tiempo magnífico dimos el adiós á nuestro campamento y nos dirigimos á la profunda Barranca de la Cocinera. En un paraje de su costado occidental, donde sobresalen las rocas que lo forman y que propiamente se ha apodado "El Mirador," la magnificencia del sitio díjonos: *¡alto ahí!* Sumisos y complacientes obedecimos, y la contemplación de panorama de tierras y montañas frías que teníamos al frente, fué á manera de broche de oro con que cerróse la serie de innúmeras y singulares impresiones que habíamos recibido. La selva en el fondo y en los lados de la quiebra, con sus gratos ruidos; los efectos de la luz en ella; el cielo y el sol esplendentes y magníficos; el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl con sus eternas grandezas; el Ajusco más acá, y á las plantas del Nevado, el Valle de Toluca con sus 70 ó más poblaciones: hé aquí en pálida enumeración lo que desde "El Mirador" veíamos. Los pueblecillos más próximos me recordaron esta hermosa octava del poeta virgiliano D. Joaquín Arcadio Pagaza:

“Bajo perenne bóveda azulina,  
De montes melenudos rodeado,  
Hay un pueblo feraz, donde termina  
La agreste cordillera del Nevado.  
Le ciñen de agua dulce y cristalina  
Arroyos mil; su clima regalado  
Los sotos puebla de árboles y flores,  
Delicia de los pájaros cantores.”

De contino placentero fué el descenso hasta San Juan de las Huertas. Aquí volvimos á deleitarnos con sabrosos manjares. Tornamos á Toluca y de allí regresamos á México. A la hora en que atardecía no salvábamos aún los montes que separan los dos valles: al Nevado dorábanlo los últimos rayos del Sol que se oculta en las vagas lejanías, le vimos como al amigo que da paz al alma, como al hermano que estimula á realizar lo grande, cual vese al autor predilecto, siempre bondadoso y presto siempre á emocionar dulcemente, y bajo esa tierna y agradable impresión, ratificamos por *enésima* vez nuestra creencia de que somos de todo en todo ruskianos en cuanto al amor á las montañas se contrae, por más que distemos lo infinito del gran inglés en punto á comprender y á sentir las mil variadas bellezas que en todas ocasiones nos presentan.

México, Diciembre 13 de 1909.

AGUSTIN ARAGON,  
5ª del Pino, 215.